

LA PROPIA VOLUNTAD BASADA EN MI DEBILIDAD

Encuentro *Courage Latino* 2020
P. Philip G. Bochanski
Director ejecutivo, *Courage Internacional*

Es un gran placer para mí estar con ustedes —¡ahora de forma virtual! — en su encuentro anual, especialmente en este año que celebramos el quince aniversario del apostolado en México, así como el cuarenta aniversario de la primera reunión de *Courage* en Nueva York. Tenemos una gran deuda de gratitud para con nuestra generación fundadora que, junto con el padre Harvey, estableció las *Cinco metas* que nos esforzamos por vivir cada día. Cada cristiano está llamado al discipulado que es, primero que todo, la entrega de toda nuestra voluntad y, finalmente, de nuestra vida entera, a Jesucristo. Él nos ha bendecido abundantemente al habernos llamado a vivir nuestro discipulado fortalecidos por la hermandad de nuestros capítulos de *Courage* y *EnCourage*, inspirados y guiados por nuestros capellanes, y orientados por las *Metas* del apostolado y las enseñanzas de la Iglesia.

A medida que crecemos en el discipulado, debemos aprender a buscar la ayuda de Dios en todas nuestras necesidades y a siempre confiar en el hecho de que, ya que el Señor conoce plenamente nuestras limitaciones y la grandeza a la que nos ha llamado, se ha comprometido a ayudarnos, por medio de su gracia, a alcanzar nuestra meta. Hasta que alcancemos la meta, estaremos aún «de camino» —y por eso buscamos la fortaleza para perseverar sin perder la esperanza. La vida con Cristo comienza en el Bautismo, pero debe vivirse todos los días. Como en cualquier relación, habrá problemas; como en cualquier relación, puede haber momentos en que no cumplamos nuestras responsabilidades para con Aquél a quien decimos amar. Por esta razón, como nos recuerda el *Catecismo,* «la llamada de Cristo a la conversión sigue resonando en la vida de los cristianos».[1]

Conversión significa «volverse» —nos apartamos del pecado, para volvernos hacia Cristo; nos alejamos del egoísmo para volvernos hacia Cristo y entregarnos libremente para hacer su voluntad; dejamos nuestros planes, opiniones y prioridades para volvernos hacia Cristo con plena flexibilidad de respuesta a su llamado. Como nos dice el *Catecismo,* «Esta…conversión es una tarea continua para toda la Iglesia que es al mismo tiempo santa [y]… necesitada de purificación constante».[2]

El trabajo de la conversión no puede ser simplemente algo externo, sino que debe penetrar profundamente en el corazón, donde produce «una reorientación radical de toda la vida, un retorno… una ruptura con el pecado, una aversión del mal, con repugnancia hacia las malas acciones que hemos cometido».[3] Este proceso puede parecer difícil, al menos superficialmente y, por lo tanto, poco atractivo para muchas personas…especialmente cuando consideramos lo que acabamos de decir, que la conversión es un proceso que dura toda la vida. ¿Quién desea pasar toda la vida cambiando radicalmente? ¡¿Quién desea pasar décadas viendo con aversión las acciones del pasado —en especial cuando el *Catecismo* nos promete que la conversión «va acompañada de dolor y tristeza saludables»?! La visión superficial de que la conversión y la penitencia son difíciles de realizar significa que, para muchas personas, estas cuestiones quedan desatendidas por largos periodos de tiempo.

Sin embargo, Dios sabe que necesitamos conversión y también sabe que no podemos buscarla por nosotros mismos, por eso, en su misericordia, toma la iniciativa y nos tiende su mano para guiarnos de regreso a Él. «Es preciso que Dios dé al hombre un corazón nuevo», nos explica el *Catecismo*, «La conversión es, primeramente, una obra de la gracia de Dios que hace volver a Él nuestros corazones».[4] Si Dios nos ama tanto que incluso nos busca para ayudarnos a volver a Él, no hay entonces razón para dudar que también nos ayudará en todas nuestras necesidades. De hecho, así es como define San Pablo el amor de Dios en su *Carta a los romanos*: «La prueba de que Dios nos ama, es que Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores» (5,8).

I.

Tal vez una manera de explicar cómo se supone que debe funcionar este proceso de conversión, sea a través de la vida de San Agustín, el converso más famoso de la Iglesia. Conocemos la historia de su vida a grandes rasgos: cómo su madre, Santa Mónica, lo inscribió como catecúmeno cuando era pequeño y cómo después se tornó bastante rebelde durante su infancia y adolescencia. En su autobiografía, las *Confesiones,* Agustín recuerda esos tiempos y se da cuenta de que se metió en todos esos problemas porque estaba buscando amistad, conexión y

aprobación. Batalló mucho con la lujuria y la impureza, aunque a menudo oraba a Dios diciendo, «Señor, Dame castidad y continencia, pero no ahora».[5]

Agustín se volvió un maestro exitoso, a tal grado que se mudó a Milán, la capital imperial, a la edad de 30 años. Sus amigos lo llevaron a escuchar la predicación del arzobispo, el futuro san Ambrosio, y todos quedaron muy emocionados. Uno a uno, sus amigos decidieron volverse cristianos, quedando Agustín como el único sin ser bautizado. Dos años después, en el verano del año 386 (trescientos ochenta y seis), su conflicto interior sobre si hacerse cristiano o no, escaló hasta una violenta crisis, una «gran contienda en lo más íntimo de su corazón» sobre su futuro y el sentido de su vida.[6] Agustín recuerda un día de verano en el jardín de la casa de su amigo, cuando trataba de decidirse: caminaba de un lado a otro jalándose el cabello; tenía las mejillas encendidas y estaba al borde de las lágrimas, gimiendo desde el fondo de su corazón. Agustín dice: «Solo sabía que me estaba volviendo loco...conociendo lo malo que era, sin saber lo bueno que pronto sería... bramaba con violenta furia porque no podía decidirme a abrazarme a Ti, Señor, aunque en el fondo de mi ser sabía que eso era lo que tenía que hacer...»[7]

Agustín comenzó a darse cuenta de aquello que lo retenía y comenzó a tratar de liberarse. Discutía consigo mismo sobre si estaba verdaderamente listo para dejar atrás sus viejos vicios —los describe como viejos amigos y recuerda casi haberlos escuchado hablarle en esos momentos difíciles, tirándolo de la capa diciéndole, «¿Nos abandonas? ¿Desde este momento no estaremos más contigo...nunca...nunca más? ¿Desde ese momento ya no harás ni esto ni aquello?»[8] Agustín recuerda que esto era lo peor, las insinuaciones de que no sería capaz de vivir sin las cosas a las que se había acostumbrado por tanto tiempo. La situación se estaba volviendo peligrosa para Agustín en este tiempo, y clamó al Señor diciendo, «¿Por qué he de seguir diciendo "Mañana...mañana"? ¿Por qué no ahora? ¿Por qué no acabar con todas mis maldades en este momento?»[9]

De pronto, Agustín escuchó la voz de un niño que venía del otro lado del jardín cantando repetidamente una curiosa frase: «Toma y lee, toma y lee». No pudiendo recordar ningún juego infantil que incluyera esas palabras, entendió que debía tratarse de una revelación de Dios. Sus ojos se enfocaron en la Biblia que estaba sobre la mesa del jardín. La tomó, la abrió sin escoger ninguna página específica, dispuesto a leer lo primero que viera, como si Dios se lo indicara directamente. Esto es lo que leyó de la *Carta de San Pablo a los romanos*:

> *Como en pleno día, procedamos dignamente: basta de excesos en la comida y en la bebida, basta de lujuria y libertinaje, no más peleas ni envidias. Por el contrario, revístanse del Señor Jesucristo, y no se preocupen por satisfacer los deseos de la carne.* (13,13-14)

Cuando Agustín terminó de leer, dice que estaba convencido: todas sus dudas habían desaparecido, toda su vacilación pasó y estaba listo para entregarse a Cristo. Entró para compartir la buena noticia a su madre y luego buscó a Ambrosio para que le enseñara la fe. Fue bautizado en la Pascua del año 387 (trescientos ochenta y siete).

No cabe duda de que este cambio en la vida de Agustín fue súbito y extremo —incluso él asegura que compararlo con el «día y la noche» se queda corto. Pero ¿cómo sucedió? Simplemente no hay manera de que él hubiera tomado esa decisión por sí mismo. Si hubiese dependido de él —

hacer finalmente ese acto de voluntad por sí mismo, romper definitivamente con el viejo Agustín—seguiría aun en el jardín tratando de decidir.

En vez de eso, el Señor intervino para ayudar a Agustín cuando más lo necesitaba. No fue una violación de su libertad: recordemos que Agustín clamó a Dios por ayuda en el jardín y Dios simplemente respondió a ese llamado dándole a Agustín la gracia de hacer lo que no era capaz de hacer por sí mismo. Como el padre en la parábola del «Hijo pródigo», el Señor espera a que Agustín haga el más mínimo acercamiento, el más mínimo signo de arrepentimiento del que es capaz, y luego corre hacia él para llevarlo por el resto del camino dándole seguridad y aliento para resolver todas sus dudas y ayudarle en ese acto necesario de la voluntad que lleva a la conversión completa.

Agustín estaba agitado en el jardín porque podía *ver* intelectualmente dónde debería estar, pero no podía llegar ahí solo con su voluntad; de hecho, en las *Confesiones* describe su conversión como la senda más corta y más larga que jamás haya andado. Cuando finalmente fue capaz de pedir ayuda, recibió la gracia que necesitaba para seguir su camino con éxito.

¿Cuál fue exactamente esa gracia? Para Agustín, vino en la forma de una visión de la virtud de la Castidad, personificada como una bella joven que lo invitó a arrojarse al cuidado del Señor; de hecho, la visión le habló con palabras muy personales, justo lo que Agustín necesitaba escuchar: «¿Por qué te apoyas en ti, que no puedes estar en pie? Lánzate con confianza en los brazos del Señor y no temas, que Él no se apartará para dejarte caer. Lánzate seguro y confiado, que Él te recibirá en sus brazos y te sanará de todos tus males».[10] La conversión de Agustín vino cuando aceptó esta invitación a entregar toda su vida al Señor, a hacer la voluntad de Dios en vez de confiar en su propia voluntad.

II.

La historia de conversión de otro sacerdote, esta vez un sacerdote americano del siglo 20, nos da un ejemplo alentador de cómo entregar completamente nuestra voluntad al Señor —y a la vez nos recuerda cómo, a menudo, esta entrega no es fácil. Walter Ciszek nació en Shenandoah, Pensilvania, casi 100 (cien) millas al noreste de Filadelfia, el 4 de noviembre de 1904 (mil novecientos cuatro). Era hijo de campesinos polacos que inmigraron a las regiones carboneras de las Montañas Pocono en Pensilvania a comienzos de 1890 (mil ochocientos noventa). Se cuenta que Walter era un chico duro al que le gustaba pelear en la calle, a tal grado que una vez su padre le pidió a la policía que lo llevaran al reformatorio, por su propio bien. El señor Ciszek quedó tan sorprendido como el resto del pueblo cuando, en el octavo grado, el joven Walter les anunció que había decidido ser sacerdote. Lo enviaron a Orchard Lake, Michigan, para estudiar en el seminario menor para jóvenes polacos.

Como seminarista, estaba determinado a probar cuán fuerte podía llegar a ser. Recuerda que decía, «Me levantaré a las cuatro y media de la mañana para correr cinco millas alrededor del lago... o ir a nadar en noviembre cuando el lago estaba casi congelado. No podía tolerar la idea de que alguien pudiera hacer algo que [él] no pudiera hacer...»[11] Se imponía estrictas penitencias —una vez pasó toda la Cuaresma a pan y agua y, en otra ocasión, pasó todo un año sin comer carne—«solo para ver si podía hacerlo»[12], aunque se quedaba despierto hasta tarde para rezar en privado en la capilla para que sus compañeros no pensaran que era particularmente piadoso.

A los veinticuatro años, tomó el tren a Nueva York sin decirle a nadie y pidió ser admitido en la Compañía de Jesús, los jesuitas. Tras un comienzo difícil y a pesar de las protestas de su padre, Walter fue aceptado en la Compañía y fue ordenado sacerdote el 24 de junio de 1937 (mil novecientos treinta y siete). Al principio de su noviciado, en 1929 (mil novecientos veintinueve), Walter y otros novicios jesuitas escucharon la lectura de una carta del Papa Pío XI (once) en la que pedía a los seminaristas del mundo que se ofrecieran como voluntarios para servir como misioneros en la Unión Soviética. Al escuchar cómo describía el papa la vida bajo el régimen ateo comunista, Walter se sintió inmediatamente convencido de que eso era a lo que Dios lo estaba llamando, y tan pronto como terminó la conferencia, se acercó a sus superiores para contárselo. Ellos le dijeron que lo pensara y que, en cualquier caso, primero tendría que terminar su formación inicial antes de estar listo para ir a estudiar a Roma. Walter persistió en esta solicitud durante su noviciado y sus estudios de filosofía, y en 1934 (mil novecientos treinta y cuatro) fue enviado a la recién creada Facultad Rusa en Roma, donde estudió lenguas y liturgia por los siguientes tres años.

Tras su ordenación, el padre Walter y algunos de sus compañeros fueron enviados a servir en Polonia, ya que no podían viajar directamente a Rusia. Pasó dos años ahí hasta que los soviéticos invadieron por el este y ocuparon el área, forzando al padre Walter a cerrar su misión. Poco tiempo después, cruzó la frontera de la Unión Soviética en marzo de 1940 (mil novecientos cuarenta) con una identidad falsa y comenzó a practicar su ministerio secretamente mientras trabajaba en la industria forestal. El padre Walter fue arrestado en junio de 1941 (mil novecientos cuarenta y uno) acusado de espiar para el Vaticano. Estuvo en confinamiento solitario por casi cinco años y fue sometido a interrogatorios y torturas constantes. Finalmente, firmó una confesión falsa y fue sentenciado a pasar quince años en los campos de trabajos forzados en Siberia.

El padre Walter permaneció cuatro años más en Moscú tras haber hecho su confesión falsa que pensó le ayudaría a conseguir su libertad. Con el tiempo, se cansó de que los soviéticos trataran de reclutarlo y se vio agobiado por pensamientos de muerte y desesperanza. De pronto, tuvo un momento de crisis que cambiaría su vida para siempre. Él describe este momento en su autobiografía espiritual, titulada *Él me guía*, así:

> Un día la oscuridad me rodeó por completo. Tal vez fue a causa del cansancio, pero llegué al punto de la desesperación. Estaba agobiado por la desesperanza provocada por mi situación. Sabía que ya no podría posponer mi decisión. No veía la salida...solo vi mi propia debilidad e incapacidad de elegir entre las opciones que se presentaban ante mí, cooperación o ejecución...
>
> No sé cómo expresar en palabras lo que fue ese momento. Ni siquiera sé cuánto duró, pero sé que cuando pasó, estaba lleno de terror y confusión; sabía que había ido más allá de todos los límites, que había llegado al borde de un abismo de oscuridad que nunca antes había conocido...Ya antes había sentido miedo, pero ahora tenía miedo de mí mismo. Sabía que había fracasado antes, pero este era el fracaso definitivo. Esto era la desesperación.[13]

En medio de la soledad y el cansancio, el padre Walter admite que se había convencido de que estaba completamente solo y dice: «Ni siquiera había pensado ni recordado aquello que había sido mi guía constante, mi única fuente de consuelo en todos mis fracasos, mi principal recurso: Había perdido a Dios de vista».[14]

Afortunadamente, este momento de desesperación no duró mucho para el padre Walter. Más bien, el ver cuánto se había alejado de Dios fue la sacudida que necesitaba para correr de regreso a Él, como nos cuenta ahora:

> Reconociéndolo, inmediatamente me puse a orar tembloroso y con miedo. Sabía que debía buscar inmediatamente al Dios que había olvidado. Tenía que rogar para que ese momento de desesperación no me hubiera hecho indigno de recibir su ayuda. Tenía que pedir que nunca más me permitiera olvidarlo y poner mi confianza en Él. Me declaré incapaz de mirar hacia el futuro sin Él. Le dije que mis habilidades ya no valían nada y que Él era mi única esperanza.[15]

El padre Walter recuerda que, de pronto, en este momento su corazón se llenó de consuelo al pensar en Jesús y su agonía en el jardín de Getsemaní. Escribe que comenzó a darse cuenta de que ahí, en el huerto, en medio de su sufrimiento y ante su inminente Pasión y Muerte, el Señor Jesús conocía los sentimientos de miedo y fragilidad humana que el padre Walter ahora experimentaba. Meditando en la agonía del Señor, el padre Walter encontró la forma de seguir adelante: como ya hemos visto, la manera de lidiar con estos temores y debilidades no es tratar de enfrentarlos solos, ni solo desear que desaparezcan. No: la lección de Getsemaní es que someterse a la voluntad del Padre —«No se haga mi voluntad, sino hágase la tuya»— lleva a la persona a la entrega total, y esta entrega de sí mismo, llena de esperanza, significa entregarle también los temores a Dios. Ya que Dios es omnipotente, es capaz de hacerse cargo de nuestros temores. Ya que, Dios se ha hecho Hombre en la Encarnación, también es capaz de comprenderlos.

El padre Walter describe este momento de entendimiento como algo que cambió su vida «desde entonces». Nos dice:

> Inmediatamente supe lo que debía hacer, lo que haría y, de alguna manera, supe que podía hacerlo. Sabía que debía abandonarme completamente a la voluntad del Padre y vivir de ahora en adelante en ese espíritu de abandono en el Señor. Y lo hice...se dice fácil, sin embargo, esa decisión ha impactado cada momento de mi vida desde entonces. Debo llamarlo conversión.[16]

No debemos subestimar lo que este abandono total en el Señor significó para el padre Walter. Desde cierta perspectiva podría parecer bastante obvio: después de todo, para entonces ya había pasado cerca de cinco años en prisión y le esperaban nueve años más en Siberia. Superficialmente, parecería que en realidad no tenía más opción que depender de Dios; ¿qué mérito podía tener entregarse totalmente al Señor cuando se ha tocado fondo? Pero debemos recordar que se trata del "chico duro" que siempre hizo las cosas a su manera desde la infancia. El seminarista que nunca quería dejar a nadie hacer algo que él no pudiera hacer; el sacerdote que tuvo el sartén por el mango siempre que le fue posible, incluso dentro de su voto de obediencia. El hombre que confrontó a la KGB (/Kah- Hae- Bae/) todos los días y que, hasta ese punto, se había salido con la suya. Abandonarse en el Señor a estas alturas de la situación no le fue fácil a Walter Ciszek y lo expresa cuando cuenta lo que ese momento de conversión significó para él. El padre Walter dice:

> Siempre había confiado en el Señor. Siempre había tratado de discernir su voluntad, de ver su providencia en acción... [Pero]...hasta este momento, había tenido en mis manos las riendas de todas las decisiones, acciones y empresas...seguía... en el fondo siendo el señor de mi propio destino.[17]

> Había hablado de discernir y hacer la voluntad de Dios, pero nunca al grado de renunciar a mi propia voluntad. Había hablado de confiar en Él, en verdad había confiado en Él, pero nunca al grado de abandonar todos los demás recursos, para confiarme únicamente en su gracia. Nunca antes nació de mí entregarme completamente. Siempre hubo límites que no me atrevía a traspasar, pequeños muros de protección que marcaban lo que sabía, en el fondo de mi corazón, que era el punto sin retorno...Había confiado [en Dios], había cooperado con su gracia—pero solo hasta cierto punto. Solo cuando toqué fondo y perdí totalmente mis fuerzas, me entregué al Señor. Ese momento, esa experiencia me cambió por completo...[18]

Cuando experimentó el poder de Dios obrando en su vida, en todas las situaciones y pruebas diarias que se le presentaban, el padre Walter fue capaz de esperar, con absoluta confianza, alcanzar su meta de seguir a Dios y llegar a la vida eterna. Estaba seguro de que el poder de Dios lo iba a sostener porque estaba igualmente seguro de no tener ningún poder propio. Pero cuando, con la ayuda de Dios, el padre Walter fue capaz de hacer su primer acto de esperanza y hacer a un lado los obstáculos que le impedían confiar completamente en Dios, sus siguientes actos de confianza y entrega fueron más fáciles hacer. La esperanza trajo más esperanza:

> A través de ese umbral que había temido cruzar, de pronto, todo parecía más simple. Solo veía a Dios, que era todo en todo; había solo una voluntad que dirigía todas las cosas, la voluntad de Dios. Yo solo tenía que verla para discernir cada circunstancia en la que me encontrara y dejarme gobernar por ella.

> Ya no era mi propio punto de referencia, ya no dependía de mí mismo, así que no podía fallar más...Había sido liberado de la ansiedad y la preocupación, de cualquier tensión, y ahora podía flotar serenamente sobre la marea de la providencia de Dios con perfecta paz en mi alma...Seguro en su gracia, me sentí capaz de enfrentar cualquier situación y desafío; cualquier cosa que decidiera enviarme en el futuro, la aceptaría.[19]

Hay una vieja historia rabínica en la que un joven estudiante le pregunta a su maestro, «Rabí, ¿por qué el Señor le dice al profeta, "Escribiré mi Ley *sobre* su corazón" (Jer 31,33)? ¿Por qué no dice, "Escribiré mi ley *en* su corazón"?» El maestro le responde, «Hijo mío, los corazones de los hombres son duros. El Señor solo puede poner sus palabras *sobre* sus corazones y esperar a que estos se rompan por el sufrimiento. Cuando sus corazones estén rotos, entonces sus palabras entrarán en ellos». La desesperación rompió el corazón del padre Walter aquel día en la prisión. Por la providencia de Dios, aquel momento de sufrimiento se convirtió en un nuevo comienzo para él —una oportunidad de darle la bienvenida a la gracia y comenzar a practicar las virtudes con renovado vigor. Como testimonio de su santidad, una vez que el padre Walter comenzó a vivir este camino de esperanza, no paró más: desde ese momento, cada día, cada decisión, su vida entera le perteneció a Dios, y siguió confiadamente la senda que Dios le marcó sin importar adonde le llevara.

Como San Agustín y el padre Walter Ciszek, el gran apóstol San Pablo era un hombre muy capaz, inteligente y fervoroso —con una voluntad y emociones igualmente fuertes, y con una personalidad complicada. A través de sus cartas nos recuerda la fuente de su fortaleza: «Todo lo puedo en Aquel que me fortalece», Jesucristo (Fil 4, 13). Al mismo tiempo, nos asegura que conoce sus propias limitaciones:

> Y para que la grandeza de las revelaciones no me envanezca, tengo una espina clavada en mi carne, un ángel de Satanás que me lastima. Tres veces pedí al Señor que me librara, pero él me respondió: «Te basta mi gracia, porque mi poder triunfa en la debilidad». Más bien, me alegraré de todo corazón en mi debilidad, para que viva en mí el poder de Cristo. Por eso, me complazco en mis debilidades, en los oprobios, en las privaciones, en las persecuciones y en las angustias soportadas por amor de Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte (2 Cor 12, 7-10).

¿Cómo podemos vivir como débiles seres humanos, sin desesperar en nuestro seguimiento del Señor, ni adoptar una actitud defensiva y orgullosa para no sentirnos débiles? Entregándonos confiadamente al Señor que siempre está dispuesto a darnos la ayuda que necesitamos y a caminar la senda del discipulado junto a nosotros. Cuando confiamos en su bondad, ya no tenemos que vivir avergonzados de nuestros pecados ni de nuestra pequeñez. Por el contrario, podemos decir con San Pablo: «me complazco en mis debilidades» —con San Agustín, «Curaste mi ceguera» —con el padre Walter, «Estoy seguro en tu gracia» —con el mismo Señor, «Que no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22, 42).